

un instante, al poder y a la ocasión de realizarse, y la causa por la cual se ha prolongado el oprobio contemporáneo es porque no hubo entre la generación destructora y la generación siguiente un esfuerzo de autonomía. Si en vez de la generación burocrática que sólo se puso a legalizar con la doctrina todas las violencias y todos los yerros de la revolución; si en vez de una generación crítica y una generación de interrogaciones hubiera habido una generación como ésta de ahora, que condena porque está dispuesta a superar, entonces no habría caído México tan hondo en el abismo. Y la noche hubiese sido corta.

En la nueva generación se enlazan los hombres y las mujeres unidos por algo más que la atracción de los sexos: unidos en un ideal; sólo esta unión en el ideal es capaz de santificar la triste atracción de los sexos; por eso se ven más libres, pero más castos, más dichosos, estos jóvenes de hoy que se juntan para la tarea además del atrae y repele propio de la otra clase de uniones y por encima de todo conflicto. Un nuevo soplo religioso pasa por las almas jóvenes o más bien dicho, una preparación para el sentir religioso auténtico; la preparación de la verdad; la preparación, la resolución del sacrificio. Ya no los ciegos sacrificios estériles de la barbarie que desprecia la vida; el sacrificio fecundo, glorioso, de los más altos valores de un pueblo a fin de asegurar el decoro, la santidad, la libertad de todo el pueblo. Conmover el espectáculo de la juventud de estos momentos, empeñada en levantar el ideal immaculado por encima de los escombros y en medio de la peste; esta peste de almas que nos tiene en congoja. Jamás ningún héroe tuvo ocasión más hermosa que la de ser pira o antorcha, túmulo o bandera de los ideales de esta generación nueva de México. — JOSÉ VASCONCELOS. ✓

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Mirando un libro de estampas

Alhué, estampas de una aldea, por González Vera. Santiago, 1928.

DESDE hace algunas horas soy el hombre de la ciudad que comienza a aburrirse en el campo. He subido desde Talca por el camino de Pencahue y he llegado a este suelo de lomas donde los pájaros vagabundos errabundean sin encontrar la silueta de un campesino.

¿Es esto el campo?

Una vez más advierto que mis ojos y mi imaginación no pueden desasirse tan fácilmente de sus prejuicios ciudadanos. Pasó ya, es cierto, el tiempo en que se hacían la ilusión de los caminitos bordeados de verde, de las chiquillas graciosas y diáfanas, aparecidas en los senderos como ninfas prestas a huir con nuestra esperanza prisionera en las trenzas; mas, por lo visto, aún guardan un poco de romanticismo, y a este campo real, polvoriento, ondulante, sembrado de pedruzcos y absolutamente solo, se empeñan exigiendo algo que en él parece por completo fantástico: no un piño, pero siquiera una vaca, una sola vaca.

Ni hombres ni bestias. Entre largas distancias suele hallarse, muy avergonzado por semejante muestra de trato con la civilización, un pequeño pedazo de tierra cultivada en el que la cosecha reciente dejó una huella rala de rastros. Lo demás, lomaje inabarcable sobre el que los pájaros, con sus sombras proyectadas desde lo alto, ensayan un arado demasiado fugitivo para no ser vano.

Bastan aquí unos días de estancia para sentir que nuestro ser no acaba en sus límites físicos. Lejos de nuestro medio habitual, experimentamos una vaga mutilación, y nuestra persona explora el ambiente nuevo, ávida de restablecer con él su interrumpido y vital metabolismo. Pero mientras va aconteciendo esta sigilosa conquista, siéntese el espíritu como sumergido en una atmósfera crepuscular. Quisiera escaparse, huir de sí mismo; y acude a buscar en los libros un refugio de humanidad. He aquí cómo este Robinson se aloja con delicia en las sencillas páginas de *Alhué*.

Es este un libro de González Vera, delicado, transparente, de una jovialidad a la vez universal y llena de prudencia. Bien corresponde a los cinco años que van desde 1923, en que apareció su primigenio *Vidas Mínimas*, hasta 1928. González Vera no padece la ambición de cantidad, y esto concuerda con su tipo intelectual. Pertenece a la categoría de los que dejan «oscuro el borrador y el verso claro», es decir a una categoría excepcional en todas partes y en todos los tiempos.

Alhué, estampas de una aldea. Justamente: se trata de un álbum de estampas; y así como quien reúne las piezas de un álbum tiende a reproducir en él su imagen del mundo, González Vera muestra aquí de qué modo ve él totalmente una aldea. Ellas no se proponen nada más que ser estampas. Pero es de esta suerte como el escritor siente la vida aldeana.

Una estampa es un fragmento. Si queremos asomarnos a *Alhué*, nos bastarán estas minúsculas y graciosas ventanas

abiertas por la magia de un artista. Desde cada una contemplaremos un trozo leve, y éste nos permitirá adivinar toda la aldea. Porque la aldea carece de estructura definida, es informe, invertebrada; no tiene diferenciaciones. Su espíritu y su vitalidad son iguales en cualquiera de sus puntos, y González Vera ha podido tomar su cuerpo como el de un gusano y dividirlo en fragmentos, en estampas, cada una de las cuales vive por sí misma y encierra una síntesis de todo el resto.

Pero una estampa no es sólo un fragmento de espacio; lo es también de tiempo, de tiempo preso, inmovilizado. Tampoco esta circunstancia desmiente la visión que el escritor quiere darnos de la aldea. Al contrario, la sirve, la corrobora. Alhué ha sido ubicada por el autor en la plena eternidad, donde no existe la fluencia azarosa del tiempo.

En Alhué—dice González Vera—nadie tenía idea del porvenir. Los días no traían angustias, pero tampoco eran portadores de mensajes alegres. Llegaban y se extinguían sin ningún suceso. Y los meses, por su índole más abstracta y arbitraria, se hubiese creído que transcurrían de noche.

Tenemos, pues, la sensación de que, si llegásemos a posarnos sobre el suelo de Alhué, sería para nosotros indiferente que el tiempo corriese hacia atrás o hacia adelante o que se paralizara. Siempre nos ofrecería una apariencia idéntica, con los mismos factores, las mismas actitudes y el mismo sentido; en resumen: una estampa.

Finalmente, en las estampas no hallamos sino superficies, característica que también se cumple en las estampas de *Alhué*. González Vera ha llegado en ellas a reconocer su máxima potencia a lo superficial. En este sentido sus estampas son, para mi gusto, perfectas. Aquí han coincidido una de las más ciertas cualidades del escritor y el carácter de la obra que se proponía.

Se ha dicho que González Vera es un analista. En el mejor sentido del vocablo no me parece que lo sea. Si se habla de un escritor, analista incluye la idea de profundidad, de penetración. En manos del analista cada cosa adquiere volumen. El análisis de González Vera no penetra, no ahonda. Las cosas, incluso las almas, no le enseñan nada más que apariencias, superficies. Su mérito está en que domina lo superficial, le extrae algunos rasgos, los aísla y los subraya con artificio bastante para que nos parezcan esenciales, definitivos. Lo cual contribuye a que las páginas de *Alhué* sean lo más animado que cabe ser a unas estampas.

Semejante manera de operar nada más que sobre las superficies, ya se trate de personajes o de cosas, constituye un me-

canismo frecuente en el arte de González Vera. No hay otra excepción que cuando de una página deja manar el murmullo elegíaco del auto-análisis. Entonces el escritor ejerce un análisis profundo.

Es curioso ver cómo este procedimiento habitual, que ha hecho de *Alhué* una pieza lograda, fracasa en las dos novelas cortas de *Vidas Mínimas*. Ello se debe a que en ambas el objeto se halla divorciado de los instrumentos puestos a su servicio. Estos se conducen en vista de la estampa; mientras que aquél se obstina en ser novela. Resulta que, al cabo de muchos esfuerzos, no aparecen ni novela ni estampas. Pero ocurre que, a través del libro, la novela sólo es una aspiración vanamente perseguida, en tanto que los instrumentos literarios le oponen un diverso sentido e insinúan a cada paso su excelente aptitud para la factura de estampas. Baste notar que los personajes poseen un carácter de subitaneidad; son instantáneos. No siguen viviendo ni nos dejan el rumor de las vidas verdaderas. Todos ellos reclaman el abrigo, el marco de una estampa, rehusan incorporarse íntimamente a la existencia, moverse, agitarse, dar una vuelta a la vista del lector, temerosos de que, al verles el dorso vacío, éste advierta que no son sino fachadas de personajes.

Pero el autor los arrastra al campo abierto de la novela, donde ni siquiera es necesario que la vida los acose e intente, estrellándolos, arrancarles unas chispas cordiales. La brisa ligera desvanece sus humanidades inconclusas.

Hay, pues, en este aspecto de *Vidas Mínimas* una empresa que agotó su vigor en medio del camino. Es verdad, pero no le hagamos ningún reproche. Puesto que la empresa era bella, si no pudo ir más lejos el aliento que la sostenía, experimentemos un poco de ternura. Ahí está la juventud del escritor, secreta u ostensiblemente ambiciosa, que asume, muy segura de sí, una gallarda equivocación. La mocedad quiere abrazar el mundo, volar, excederse. Y a eso no le falta sentido. Si alguien no lo ha probado alguna vez, se puede dudar de que haya sido joven y cabe temer que su alma no alcance jamás la sazón perfecta. Siguiendo la parábola de Keyserling, cada cual ha de arriesgarse en aventura por el mundo para llegar al hallazgo de sí mismo.

La superioridad esencial de *Alhué* reside precisamente en ese hallazgo. El autor ha identificado sus propias facultades y les ha cobrado sumisión, única manera posible de emprender la conquista de su señorío.—R. CABRERA MÉNDEZ.